

**EL HOMBRE PERVERSO DEL SIGLO XIX EN
MUJERES QUE MATAN Y MUJERES QUE MUEREN**

Karlana Sakas
University of Virginia

RESUMEN: Un estudio de la obra de teatro «Mujeres que mueren y mujeres que matan» de Antonia Opisso y Vinyas, 1881. Se refuta en este ensayo, a través del análisis de las protagonistas femeninas, la idea de que las mujeres encarnaban la degeneración de España en la segunda mitad del siglo XIX.

PALABRAS CLAVE: Mujeres, Antonia Opisso y Vinyas, la teoría de degeneración, España.

ABSTRACT: A study of the female protagonists in Antonia Opisso and Vinyas' 1881 play, «Mujeres que mueren y mujeres que matan» refutes the argument that women embodied the degeneration of Spain in the second half of the 19th century.

KEYWORDS: Women, Antonia Opisso and Vinyas, degeneration theory, Spain.

Afirma Susan Kirkpatrick en su ensayo *Gender and Difference in Fin de siglo Literary Discourse*, que a fines del siglo XIX la imagen de la mujer como ángel desapareció del imaginario de los escritores masculinos. Galdós y Clarín, entre otros, representaron a la mujer como un ser «perverse, pathological, weak-minded, and dangerous» que encarnaba la degeneración de la sociedad española (95, 97). Nicolás Salmerón, contemporáneo a los anteriores, propuso que los hombres españoles deben actuar como cirujanos para amputar la mujer perversa de las casas españolas.

Antonia Opisso y Vinyas, escritora española de la segunda mitad del siglo XIX, ofrece un análisis diferente de la mujer de la época, catalogada por los autores anteriores como degenerada. En su única obra de teatro, *Mujeres que matan y mujeres que mueren*, plantea la idea de que no existe ese tipo de mujer, sino el hombre que con una mente maligna, proyecta esa idea de mujer. A través de un estudio de las protagonistas femeninas de la obra, María, Fanny y la Duquesa, y sus interacciones con Rafael, el protagonista masculino, vamos a ver cómo la idea de mujer perversa no es más que una invención mental del hombre perverso.

Un breve resumen de la trama puede ser útil, al ser una obra poco conocida. Rafael es el protagonista masculino. Tiene veintiocho años y es hijo único de una duquesa española (9). Odia España, y vive en París con su amante, Fanny. La obra empieza cuando Rafael regresa a España, llamado por la Duquesa. Lleva a Fanny consigo secretamente por su condición de cortesana, no pudiendo ser presentada por esa razón a su familia. En Madrid, se encuentra con sus antiguos amigos: María, la mujer cuyo amor puro Rafael rechazó para estar con Fanny. Julián, su amigo fiel y consejero, aunque

a la vez ignorado. Carlos, su mejor amigo, que ha experimentado un cambio positivo de clase social desde la última vez que se vieron.

La acción empieza cuando Rafael sospecha que un desconocido, el vizconde de Río, se ha fijado en Fanny. Sus celos le hacen volverse loco, prometiendo venganza. Aun cuando Rafael se da cuenta de que el vizconde es su mejor amigo Carlos, cuyo título viene de un «lejano pariente», no deja de desafiarlo a un duelo a muerte para defender su derecho a Fanny (21). Sus amigos intervienen, en particular la «santa» María, para intentar disuadirle de su camino disparatado. A pesar de las advertencias contra esa pelea de amigos, los hombres se batieron en duelo y Rafael mata a Carlos. Por matar a su amigo, Rafael ha cometido un crimen terrible, tanto ante los ojos de la sociedad como ante los ojos de Dios. El duelo es tan temible para María que muere. Cuando Rafael por fin se ve como realmente es, «¡matador del amigo, y tú [María] muerta por mi culpa!» (63), se arrodilla a los pies de María buscando salvación, mientras cae el telón.

La obra se estrenó en el Teatro Romea de Barcelona, el 20 de mayo, 1881 y el guión fue publicado en el mismo año en la madrileña imprenta, Hijos de A. Guillón. Con la excepción de una corta biografía escrita por María del Carmen Simón Palmer, no existe ninguna información sobre la autora, Antonia Opisso y Vinyas nacida en Tarragona en 1855. Gracias a Simón Palmer, sabemos que era hija de José Opisso Roig, tarragonés de nacimiento que fundó *El Diario de Tarragona*. Ella trabajó para varias revistas. Ganó el premio Pluma de Oro de la Sociedad Julián Romea de Barcelona, por su «Estudio sobre el teatro español» en 1880, un año antes de publicar su obra. Después de la muerte de su madre en 1892, se trasladó a Montevideo, Uruguay donde «perteneció a la Congregación de Ursulinas». Nunca se casó, solo escribió una obra de teatro, dos novelas y una colección de cuentos cortos, y después de regresar a España en 1902, ya no escribió más.

En el prólogo de su colección de cuentos cortos, *Rojo y Blanco*, su prologista, A. Sánchez Pérez, en 1893, piensa que «es de las pocas, de las contadas que [...] demuestra la aptitud de la mujer para escribir escribiendo» (x). Todo el prólogo se enfoca en el milagro de ella como escritora a pesar de su sexo. Es interesante que ella escriba su única obra de teatro sobre mujeres que sufren a manos de hombres que las estereotipan, siendo mujer que igualmente sufrió el efecto del estereotipo de la época que identifica la tarea de ser escritor con el género únicamente masculino.

Hay tres mujeres importantes en la obra: la Duquesa, la cortesana Fanny y el «ángel» María. Opisso pinta a las mujeres como figuras simpáticas provocando un efecto en el espectador, pues cuando Rafael las insulta e ignora podemos darnos cuenta de la condición malévola de éste.

Es preciso analizar la primera relación que tuvo Rafael con una mujer: la de hijo, para entender si las acciones de su madre justifican su visión de la mujer como degenerada. Rafael quedó convencido de que su madre, la Duquesa, era malvada. Ya en la primera escena, Rafael declara que no quiere a su madre, porque su «rostro...era tan sombrío» cuando nació que «anhelante corrí en busca de otro más hermoso y sereno» como el de Fanny (6). También se queja de la inconstancia de su madre, debido a que le llamó urgentemente a Madrid para «comunicarme, según me indicó, importante cuestión» (6) sin indicársela realmente, aún estando en Madrid quince días.

Parece que la opinión de su madre le llega de su propia imaginación, porque ella actúa hacia su hijo con verdadero amor maternal y tolerancia hacia sus «calaveradas» (10). Aunque su hijo ha hipotecado todas sus fincas y ha rechazado a María como la esposa que eligió para él, ella sigue proyectándole su amor. Sólo lo amenaza, no actúa para excluirlo de su testamento (10). Cuando Rafael amenaza a Carlos durante el té, no lo reprime, sólo le dice que su «comportamiento me da lugar a queja» (23).

¿Por qué su madre no puede imprimirle un poco de la aparente bondad de la que goza? ¿Por qué actúa indulgentemente hacia él? Sabemos de la religiosidad de su madre, y que más allá de querer

darse cuenta del mal comportamiento de su hijo hacia su amigo Carlos en lo referente al duelo, apela a «la misericordia divina [que] puede amparar á los dos» (59). Podemos pensar que esa avaricia y falta de respeto con la que Rafael trata a la madre es análoga a la visión que tiene con las demás mujeres de su vida.

Podríamos decir de Fanny, la cortesana francesa, que es la mujer misteriosa de la obra. Es cierto que al principio, parece ser una mujer hasta cierto punto desagradable. Sus palabras son marcadas con acotaciones como «(con desden)... (indiferente)» (7). Después de la declaración de amor que le hace Rafael no parece conmovida, porque le informa que va al baile con otro hombre porque «me lo negaste [llevarme] ayer» (6). Para Rafael, ella es totalmente indecisa e insensible por su carácter liberal hacia los hombres, que no casa con el concepto de mujer española de la época. Por eso, puede pensar Rafael que ella es una mujer degenerada, identificándola como una de «las mujeres que matan» de Alexandre Dumas, *hijo* (16). Su paseo en carrito por las calles de Madrid da una descripción devastadora suya. Representa la riqueza con sus «soberbias pieles», lo extranjero exótico con su «oriental languidez» y la sensualidad con su cuerpo «ligeramente inclinado sobre los cojines de la carretela» (16). Además, esa mujer ejerce una atracción poderosísima sobre las personas que la ven, hasta el punto de que María la describe diciendo que «no advino si he sentido miedo ó admiracion, tortura ó dicha!» (16) Todas las personas se acercan a ella. Según ésto, Fanny podría identificarse perfectamente con el tipo de mujer degenerada que Salmerón quería erradicar del país.

Sin embargo, hay tres razones por las que Fanny no cabe en esa definición de mujer degenerada de Salmerón. Primero, no quiere quedarse en España e influir en sus mujeres, es francesa y aprovecha la primera oportunidad para volver a su hogar (42). Segundo, Opisso intenta conectar su cortesana con la famosa y trágica Margarita Gauthier de «La Dama de las Camelias» de Dumas *hijo*, haciendo que el problemático *bouquet* que recibe Fanny de otro admirador sea también de «camelias» (14). Esa florida conexión ayuda al público a transferir parte de la simpatía que sentía por la famosa Margarita a la desconocida Fanny. Y tercero, en un monólogo casi inesperado y escondido en una breve serie de apartes, Fanny deja entrever al público que reconoce como debe ser la mujer «angelical», añorando acercarse a ese estado.

Fanny. (Ese será el ángel cuya existencia sacrifica á mi amor.) (*Mirando á María atentamente*)

[...]

Fanny. (¿Que hay en ella que involuntariamente me atrae y cautiva?) (*Con recelo*) [...]

Fanny. (Si sientes lo que yo siento, mucho debes haber sufrido) (*Mirando á María*)

(Acto II. Escena XI. pp. 40-41)

Estas tres acotaciones desarrollan el tema de la fraternidad entre mujeres de todo tipo. La acotación del primer aparte es significativa, porque mirar «atentamente» implica una actitud de respeto hacia María, teniendo en cuenta que las acotaciones de Fanny por lo general suelen ser negativas o sarcásticas cuando habla con hombres. Opisso implica con eso que Fanny lleva una máscara cuando trata con los hombres, pues en el segundo aparte sugiere que Fanny verdaderamente admira a la mujer angelical. Es un sentimiento que ella experimenta «involuntariamente» y «(con recelo)», indicando que esa mujer sabe cómo debe actuar la mujer ángel. Contradiendo la idea de *Clarín*, Galdós y Salmerón de que la mujer degenerada quiere destruir a la mujer angelical española, Opisso la pinta como alguien que más allá de querer influir en las mujeres, es capaz de darse cuenta cómo es ese otro tipo de mujer angelical llegando a sentir admiración por ella. El tercer aparte explica que, aunque Fanny admire a María, no puede transformarse en un ser como ella. Los sufrimientos de su vida la han llevado a ser cortesana y no puede escapar de ese camino.

No hay una transformación de Fanny, aunque sí pasa un momento serio e inesperado en la siguiente escena donde se arrepiente de su vida. Fanny habla con Carlos, su nuevo benefactor, y admite que «mucho me aborreces, mucho te aborrezco á tí; yo he destruido tus ilusiones» (41). También, en un aparte, ella revela que estaba enamorada de Carlos, porque él «[ha] lastimado [mi corazón]» (42). Que una mujer que vive de los favores de los hombres diga algo tan perceptivo, mostrando sus sentimientos, es realmente chocante, e implica que María le ha influido mucho. Opisso deja claro que Fanny ha sido influida por María, porque mientras habla, «*está permaneciendo en igual actitud que al final de la escena anterior*» donde se encuentran los apartes en los que Fanny habla sobre María (41). También, Carlos interpreta sus palabras de odio como reacción a «esa polla sentimental» María (42). Podemos pensar de ese modo que esa mujer cortesana no es tan degenerada como piensan los autores ya citados, porque demuestra que como persona tiene un fondo bueno que no queda reflejado en su vida social.

Rafael la transforma mentalmente de cortesana en prostituta. Confunde el amor con la posesión, tratándola como un objeto material; por ejemplo, se refiere a Fanny como su «tesoro de amor» que «es peligroso dejar» (12). Describe su relación con Fanny como un intercambio en el cual «satisfacer sus caprichos en cambio de su amor» (13). De hecho, es tan posesivo en sus relaciones que se cree la única persona enamorada del mundo (24).

Rafael piensa que Fanny es tan materialista como él, pero está equivocado. Desde el principio de la obra, Fanny afirma que su «norma [es] el libre albedrío» y todas sus acciones en la obra son de una mujer que quiere mantenerse tan independiente como puede. Es cortesana para ser independiente. Para tener éxito en esa vida, tiene que buscar al hombre más rico y menos exigente (7). Como la madre de Rafael acaba de reducir su pensión, Fanny obra correctamente en buscar a otros hombres para apoyarle (9). Una forma de encontrar a ese hombre es aceptar regalos.

Rafael no entiende eso, y se fija en los «obsequios» o cosas materiales que ella acepta de otros hombres como prueba de su degeneración personal (6). Ve el hecho de que Carlos le haga regalos como algo suficientemente grave para empujarle a «vengar mi amor amenazado» (27). Aun cuando su relación está terminando, Rafael piensa que «¿Es acaso el collar causa de tu disgusto?» en vez de pensar que puede ser su propia actitud celosa. La insulta por insinuar que «un pretendiente amable vale mucho (*con ironía*),» intenta decir que lo que ella siente por Carlos es a consecuencia de su dinero (35).

Las exigencias de Rafael se pueden explicar por su inhabilidad a la hora de distinguir entre las prostitutas y las mujeres de clase alta; Rafael percibe aún la institución del matrimonio como un intercambio de dinero por beneficio, porque «¿A las esposas no hay que sostenerlas? ¿no viajan? ¿no asisten á espectáculos? ¿no apetecen joyas y trajes?» (13). No entiende que el matrimonio pueda ofrecerle la estabilidad que busca.

Opisso presenta tres conversaciones para ilustrar la importancia del matrimonio en contra de vivir en el pecado con una cortesana. Julian, Carlos y Fanny le explican a Rafael que si él no está casado con ella, no tiene derecho a quejarse por estar con otros hombres. Por ejemplo, cuando Carlos se da cuenta que él y Rafael visitan a Fanny, le recuerda que «los mismos derechos nos asisten para pretender sus preferencias; sabe, pues, que no renuncio a los míos» (27). Julián, el «seráfico joven del siglo XIX» explica que estar casado es diferente de la prostitución porque después de «unir mi suerte á la de la mujer que adoro...seré yo en el mundo el solo, el único hombre que tal derecho, ¿que digo derecho? que tal deber posea» (13). Aunque Fanny intenta enseñar a Rafael que si bien «celos puede inspirarlos una esposa, una prometida, entre ambos es cómico, ridículo sentimiento» (37). Sin el matrimonio, la solución para esa cuestión de honor es el duelo ilegal. Rafael culpa a Fanny de tener

que batirse en duelo, «Tú lo has querido», afirma Rafael (44). Pero la realidad es que él ha inventado todos sus problemas (44).

Podemos decir de María que cumple dos funciones. Primero, como prototípico «ángel» del hogar, es símbolo de la perfección mujeril (40). Actúa como ángel mensajero de la dramaturga intentando enseñar a Rafael cómo debe ser. En segundo lugar, al ser un ángel, desempeña ese papel hasta el último extremo: sacrificarse por su hombre, como hizo Doña Ines en *Don Juan Tenorio*. Rafael la rechaza e ignora sus buenos consejos, de modo que el público puede ver cómo solo un hombre degenerado puede actuar así hacia un ángel.

Opisso define a María como la mujer más perfecta con la siguiente descripción tan acertada de Julián. «Maria es la personificación de la belleza que cautiva, más que los ojos, el alma, porque es tu prima tan buena, tan notable y generosa, que si la virtud no existiera, su paso por el mundo lo creara» (Acto I, Escena IV, p. 12). Otros hombres también comparten ese sentimiento, como Fernando, que piensa que María es «encantadora» y él espera ser un duque «...para pretenderla y labrar su dicha!» (30). Julián tiene tanto deseo de casarse que está «enamorado hasta el delirio», pero María lo rechaza a él y a todos, porque su deber es estar enamorada de Rafael (18).

Aunque podemos pensar que María no es muy inteligente al seguir enamorada de un hombre que la rechaza, Opisso deja entrever en la obra que es más lista que los hombres con los que trata. María puede adivinar mensajes escondidos en las palabras de esos hombres, por ejemplo, cuando Julián habla poéticamente para explicar los problemas amorosos de Rafael, ella entiende inmediatamente que la «negra nube [que] le sale al paso» es el vizconde (18). También emplea la retórica de los hombres con la que describen a las mujeres para escapar de situaciones comprometidas, por ejemplo: Julián siempre está intentando declararles su amor, ella no quiere hablar con él sobre el asunto, y acaba la conversación diciendo, «Yo siento y usted analiza; no podríamos comprendernos, Julian», aunque realmente es él quien siente el amor y ella la que analiza las razones por las que no quiere estar con él (19). Ella se encuentra muy orgullosa de su fama de seguir lo correcto y evitar lo malo; por ejemplo: cuando cuenta la historia de la mujer misteriosa y cómo resistió su atracción, se indigna cuando Rafael sugiere que era un «milagro» que no le aplaudió (16). Su respuesta de negación «te has olvidado ya de quien soy,» muestra que ella sabe muy bien quién es, y ningún hombre la puede confundir.

Su intuición le sirve para rebajar las situaciones tensas con una gracia muy particular. Su llegada inesperada a varias escenas previene la violencia. Por ejemplo, cuando Rafael se da cuenta de que Carlos es su rival, para evitar un conflicto, Carlos le advierte que «María necesita de ti» y él va en busca de ella (22). Cuando los dos hombres están peleándose sobre quién puede dar el collar de perlas a Fanny, otra vez, entra María para cambiar la energía de la escena y evitar un conflicto serio (28).

María, con su listeza intuitiva, tiene que ser la maestra de Rafael y no las demás mujeres de la obra. Ella intenta corregir la actitud más peligrosa de Rafael: su pasión. Esa pasión peligrosa que lo mueve a tener un duelo con el «mejor de nuestros amigos» (24). María le aconseja evitar «el impetu de tu pasión» (24). También niega el valor del amor apasionado, porque «[e]l amor que amenaza y se venga no es amor,» tanto como el «amor verdadero...cuanto más sufre más crece» (24). Antes del duelo, María le advierte de «el enorme remordimiento» que le embargará después de matar (25). María también intenta que Rafael se dé cuenta de su culpa en los desastres de su vida, por ejemplo, él cree que Carlos es el culpable de haber provocado el duelo, pero María le pregunta «¿Cual es el culpable?, piénsalo bien Rafael» (24).

Su devoción como maestra es aun más admirable en vista de cómo Rafael le ha rechazado románticamente. Aunque estaban comprometidos antes de que él se fuese a París y se enamorara de la

cortesana, él le dice insensiblemente a María: «[t]u no sabes lo que es una pasión, tu no has amado» (24). Cuando ella le responde que sí, que ha estado enamorada de él, Rafael vuelve a insultarla bruscamente diciendo: «[yo] [i]gnoraba en ti ese sentimiento» (24). Él declara definitivamente a su amigo Julián que «renunci[a] para siempre á su amor,» y que Julián es «muy superior á ella, que [ella va a darse cuenta de que] no [a Julián] merece» estar casada (12). Además, María tiene que trabajar con él, aunque ni siquiera es capaz de hablarle simpáticamente. Durante el té, le habla con tanto odio que María le pregunta «¿qué te he hecho para que me hables así?» (20).

Parece que las palabras de María tienen un impacto en el segundo acto, cuando Fanny está dejando a Rafael. Rafael, para convencer a Fanny de no dejarle admite que «á tu amor he sacrificado la existencia de un ángel» y si Fanny va, él no tendrá por qué vivir más (36). Pero estas palabras no representan una transformación en su persona, porque igualmente esas palabras pueden ser interpretadas como un derecho a poseerla.

En el tercer acto los esfuerzos didácticos de María dan frutos. Por fin Rafael se da cuenta de que el amor de María es «consoladora esperanza» que le inspira, hasta el punto de decidir que «consagraré á María» «la vida [que] no me pertenece» (50). Pero todavía ignora que ella es «víctima de su amor» y va a morir si Rafael muere (50). Está demasiado obsesionado con cumplir su deber de ser «caballero» y mantener su «honor» como para dejar de acudir al duelo para salvar a María (51).

Al no haber reformado María a Rafael como debiera, no le queda otra salida que morir por él. Ese acontecimiento era esperado: María exclamó, con amoroso éxtasis, en una conversación del primer acto con Rafael «¡que dulce morir por el bien amado!» (25). Para ella, morir por Rafael es ponerse al lado de Dios, porque, en sus palabras «[s]i Dios no hubiese amado a los hombres no hubiera muerto en una cruz» (25).

Rafael no puede ignorar su muerte inminente, y sus reacción es una mezcla de contricción y egoísmo. Confiese por fin que «cede la vida víctima de mi inconstancia» (53). Pero en vez de intentar salvarla, él se pregunta si su muerte es «augurio de mi muerte?» (53). Aunque María y Julián le ruegan que no vaya al duelo, «por [s]u madre» y porque María «muere de dolor», Rafael no abandona su camino porque más importante que la vida de María es «mi honor [que] es mio ¡únicamente mio!» (56).

María tiene que morir antes de que Rafael admita la «triste verdad»: que él es «¡matador del amigo, y [María] muerta por mi culpa! (*con amarga congoja*)» (63). Por fin, él entiende cómo su obsesión por «una mujer funesta puso el arma en tus manos» para matar a su mejor amigo (63). Julián le condena por «[esgrimir] a María» (63). Ese verbo tan fuerte indica lo malvado que ha sido. Por fin, ella ha podido cumplir su deber de salvar a Rafael, aunque le cuesta la vida. La muerte que Rafael podría haber prevenido y no lo hizo, definitivamente lo muestra como hombre mentalmente degenerado.

La última frase de Rafael es el título, «¡Hay mujeres que matan y mujeres que mueren!» (63). Es cierto que están esas dos mujeres en la obra, pero como Opisso las pinta, son bastante diferentes de lo que imaginan *Clarín* y Galdós. La mujer que mata es una invención del imaginario de un hombre degenerado. Él ve reflejado en ella todas sus cualidades impuras. El carácter verdadero de esa mujer no es tan importante como las características que él inventa para ella.

Las mujeres que mueren son las que se sacrifican por sus hombres. Ese hombre degenerado no puede ser salvado sin la ayuda de esa mujer. España no puede sacrificar a todos sus ángeles para salvar a sus hombres.

Obras Citadas

- KIRKPATRICK, Susan. «Gender and Difference in *Fin de siglo* Literary Discourse» , en *Spain Today. Essays on Literature, Culture and Society*, ed. José Colmeiro et. alteri, Hanover, NH: Dartmouth College Dept. of Spanish and Portuguese, 1995, pp. 95-101.
- OPISSO VINYAS, Antonia, *Mujeres que matan y mujeres que mueren*, Madrid, Hijos de A. Guillón, 1881.
- _____, *Rojo y blanco; novelas cortas*, Valencia, Juan Guix, 1893.
- SIMÓN PALMER, María del Carmen, «Antonia Opisso», en *escritoras.com* [en línea]. 1 ene 1970. [Consulta: 8 dic 2006]. <http://www.escriptoras.com/escriptoras/escritora.php?i=25>.